

# ECOS DE LA VIDA LITERARIA

## Al margen

### NADAL CON EL AÑO NUEVO

Entre esado y turrón, otro año que se nos vino encima. Y en lo que a mí respecta, otro centenario largo de novelas inéditas a punto de quedar orilladas, salvo una, la media docena, al máximo, que darán juego en nuestra próxima reunión. Porque, una vez más, entre trinchante y tapozano se me van las fiestas leyendo, tragando holandesas de papel, la incómoda letra mecanografiada. Suspirando por la noche de Reyes, y no en el gozo de la espera de los ya remotos Magos sino por el alivio de tanta, y a la larga monótona, fabulación. Así veintiocho años ya (y que dura).

Veintiocho años; bastante más de los que tenían la mayor parte de nuestros autores al salir del anonimato, o pocos menos, a los focos del premio. Casi seis lustros, el espacio de una generación, de Navidades y noches viejas y Años nuevos entre manuscritos. ¿Cuántos? He tenido la humilde cuenta de contarios; más de cuatro mil. Déjalo en unos mil quinientos por barba, habida cuenta de que cada miembro del jurado apcha sólo con un lote de semejante monte, más las novelas seleccionadas por sus compañeros, que sumarán entre veinte y la docena de fraile. Un monte que, quitérase o no, encierra casi todo lo que algo ha contado —entre premios finalistas o lo mismo libros que saldrían luego en otros concursos— en la novelística castellana de este largo período. Nombres, tendencias y escuelas que aquí tuvieron su primer var o su afianzamiento. Que —pues el lapso es suficiente— han llegado a su apogeo, y aun al ocaso, a veces, desde que los supó nuestro premio.

Tantos años, tantísimos concursos surgidos ante el éxito del nuestro, tantos centenares de autores decepcionados también, explican que la navegación no haya sido siempre pacífica. Aclara igualmente, que cierta escritora extraída —por sus méritos, claro—, de la nada, al cabo de ese cúmulo de estaciones repita a troche y moche que nada debe al premio. Que el premio, acaso, sea el que deba a «Nada». Algo de razón tiene. Otros, con menos coraje, pero igualmente fatigados de la dilatada y nada cómoda carrera, inventa que inventa por no quedar a la orilla, ternes en lo que los italianos llaman «el senno di poi», la cobada al rabo, sedosamente proclaman que la hora de los concursos pasó ya. Lo del mercantilismo y el «stage» publicitario, ya saben (como si no hubiera ese afán en el subrayado viejo del doctor Fulano, las flores al profundo condecorante Mengano, los plácemes a Zutanto por la condecoración que él se mandó pedir). No sólo olvidando que su propia vigencia literaria, de los concursos arrancó; sino que no hacen ascos a cualquier premio que les vuelva a caer, ni que sea de los decididos a dedo. Y aun de acudir al nuestro si se terciara, casi a convalidación de procedentes lauros de menos cuenta. Sin consideración, término, para con las docenas de novelistas españoles, e hispanoamericanos, que a justo derecho aspiran a tener un lanzamiento igual al que aquéllos tuvieron, y que respecto de los mismos no tienen más quebra que la de haber nacido después: veintitantos años después.

La estupenda novela «El Cusajón», de José María Requena, y «Dabelba», de Gustavo Álvarez Gardalzábal, son, obviamente, los últimos sufragados por nuestro premio. Y prueban, si menester fuere, que el concurso conserva en pleno su papel clarificador de antaño. Como, en su día, «Un hombre que parecía Orestes», «Las ciegas hormigas», «No era de los nuestros», «El Jarama», «La noria», etcétera. Arriba de cuatro mil novelas ha movido, como dije, con qué plétora de nombres hoy acreditados, entre los que se barajaron en las votaciones seguidas por un público como no lo tiene concurso alguno, y no únicamente en el país. Limitaré la nómina a premiados e inmediatos finalistas, por no alargar. Que son, por orden de alfabeto: Francisco José Alcántara, Luis Ricardo Alonso, J. M. Álvarez Blázquez, Pablo Antónena; Manuel Barrios, dos veces, y Claudio Bassols; el colombiano Caballero Calderón, Cunquero y Miguel Delibes; Juan Fariás, S. Fernández Nicolás y Luisa Forrellad; Eulalia Galvarriato, Eduardo García, García Pavón, tres veces, Gironella y Sebastián Juan Arbó; Carmen Laforet, López Pacheco, López Salinas y Carmelo M. Lozano; el P. Martín Descalzo, Carmen Martín Gaité, Ana María Matteu, Carmen Martín Gaité, Martínez Garrido, Dolores Medio, Mejía Vallejo, otro hispanoamericano, José María Mendiola, Montero Galvache y Mur Oti; Núñez Alonso, Angel Oliver y Lauro Olmo; Payno, Ramiro Pinilla, Pombó Angulo, Elena Qulruga y Luis Romero; Tomás Salvador, Rafael Sánchez Ferliño, el malogrado José M. Sanjuán, Carlos de Santiago, Vicente Soto y José Suárez Carraño; J. F. Tapia, Torrente Malvido, Vázquez Azpil, Vidal Cadelians, otro desaparecido, Mariano Viguera. Más los dos antes mencionados, y no sé si dejo alguno. Casi nadie al aparato, como dijo un sargento de transmisiones en señalada ocasión. — M.

## CAMILO JOSE CELA, SUS «DICCCIONARIOS SECRETOS» Y EL EROTISMO ESPAÑOL

Cuando en 1968 apareció el primer volumen del «Diccionario secreto», de Camilo José Cela, correspondiente a las «series coles y afines», el público lector lo acogió no sin estupor. Cela, para muchos, pasaba a ser un desvelador de obscuridades expuestas sistemáticamente en forma de diccionario. El autor mostraba su humor dieciochesco y se proponía cubrir el vacío respetable que se percibe en el «Diccionario» de la Academia. El interés del autor de «La colmena» hacia el tema había sido expuesto ya en un ensayo publicado en la revista «Cuadernos» (París, 1959). En el primer volumen del «Diccionario secreto» justifica así su existencia: «El eufemismo es tanto un arma grata a los judíos como un deber que les impone la conciencia y lo llevan tan a punta de lanza que ni en la oración llaman a Dios Dios, sino Jehová, el Ser Absoluto y Supremo. No se me oculta que judíos como López de Villalobos o Horozco escribieron con tanta despreocupación como desenvoltura, pero pienso que quizá no fuesen sino excepción a lo que, con tanta timidez, entiendo como muy relativa (y no poco revisable) norma general.» El origen último de la «pubibundez» de la literatura española estaría, según Cela, en su carácter judaico, aunque reconoce que no es el único determinante. En este análisis sigue Cela los pasos de Américo Castro en la caracterización del «vivir» hispánico y está buscándole, sin encontrarlos, los cinco pies al gato. Los eufemismos de toda índole (no sólo sexuales) que aparecen en la literatura española tienen mucho que ver con las circunstancias en las que se ha debatido la libertad de expresión en este país, mucho más que determinada característica racial.

El segundo volumen («Series pls y afines») tiene para nosotros el interés de precisar las fuentes literarias en las que el autor ha basado el «Diccionario». Cualquiera selección de fuentes es objetable y uno estimaría más conveniente o preferiría la incorporación de ciertos libros y autores en vez de otros. Puesto que la obra, por otra parte, no pretende ser exhaustiva, resulta difícilmente objetable. Desde otro punto de vista el criterio de Cela (criterio de fuentes) no ha sido suficientemente claro. Se inclina por la incorporación de fuentes clásicas, vada libremente, pero incluye también otras que proceden de terrenos difícilmente aceptados como literarios. Si tales muestras hubieran sido incluidas en mayor número el «Diccionario secreto» hubiera podido ser un tímido intento de poner en circulación una literatura clandestina. Me refiero a las fuentes manuscritas «de la colección del autor de este DS» o a piezas de atribución dudosa. Se trata, pues, de obras no impresas. Y en este orden se hubieran podido tener en cuenta los «grafitti» y otras muestras no menos válidas. Hay pues, una mezcla de fuentes literarias o no, la mayoría de las cuales son impresas, sin embargo. Aunque en la obra de Cela no se pretende analizar ni rastrear el erotismo hispánico, la utilización o la preferencia en el uso de determinados períodos y obras viene a conferir una imagen de dicho erotismo siguiendo esquemas bastante tradicionales, dentro de lo poco que sabemos al respecto. El uso y abuso de tales «muestras» es lo que acaba confiriendo carta de naturaleza una determinada forma de tratamiento de lo erótico y sexual que así se naturaliza hispánico.

El problema de las características de dicho erotismo, de su viabilidad y la aparición del «Diccionario secreto» que comentamos no dejan de ser una y la misma cosa, puesto que de un diccionario realizado en función de la historia literaria se trata. La existencia misma de un erotismo occidental en la literatura hispánica ha sido puesto en duda. El propio Cela, como apuntábamos al principio, justifica un determinado silencio calificado de pudibundez. Y si concebimos la literatura como un hecho valorado en sí mismo y asociado, sin contacto con la realidad histórica, llegaremos a pensar, efectivamente, que los españoles son distintos, sobrios en el comer, en el vestir, en otras muchas cosas —incluso en el pensar—. La austeridad hispánica es un tópico tan falso como otros que los hispanistas extranjeros o no pusieron en circulación. Ciertamente en la literatura española medieval no se dan los «fabliaux» con la abundancia con que aparecen en la literatura francesa, por ejemplo. Pero ni Berceo ni el «Libro de Buen Amor» disimulan nada. La verdad es que la Edad Media española (hasta «La Celestina») es menos alegre que la del país vecino tradicionalmente maestro en el erotismo. Cabe pensar también que las cortes hispánicas no son las francesas.

No podemos ahora y aquí resumir la historia del erotismo español, del que sabemos todavía muy poco y que, sin embargo, tantas claves puede darnos sobre ciertas represiones que han venido pesando sobre la conciencia de los españoles. Sin embargo, queremos indicar la diferencia que existe entre erotismo y pornografía y entre erotismo y escatología.

En numerosas ocasiones son difíciles de precisar tales límites. El lenguaje puede llegar a ser parecido, aunque los fines literarios propuestos sean bien diversos. Así, por ejemplo, entre las novelas del Caballero Audaz y Paradiso, de José Lezama Lima viene a crearse el vacío que existe entre El Caballero Audaz y las colecciones de novela pornográfica de la preguerra. Profundizar en el tema nos lleva a consideraciones de base, a interrogarnos sobre la esencia misma de «lo literario» y sus estructuras. Pero, además, la evolución de los temas eróticos se ve flanqueada por problemas morales, religiosos, políticos, ambientales, que la condicionan. No ha existido, por lo menos en España, una imaginación creadora en este sentido. No poseemos un Arellino, ni un Casanova, ni un Marqués de Sade, ni siquiera un Lezama Lima. El erotismo literario presupone una civilización de cierto refinamiento y una ironía distanciada que los españoles no podían poseer. Los poemas, escatológicos en su mayoría, que los ilustrados del siglo XVIII cultivaron (desde Iriarte hasta Meléndez Valdés, desde Samaniego hasta Nicolás Fernández de Moratín), sólo en parte han sido publicados. Cela los utiliza profusamente. Pero tales cuentos son como aquellos otros del «Cancionero de burles» de 1519 poemas narrativos, donde impera la vulgaridad y hasta el mal gusto. Fueron poemas de uso casi privado, fruto de las reuniones, comilonas y academias: literatura también clandestina, a la postre. Naturalmente, esta atención realista, directa en el lenguaje, poco tiene que ver con las complejidades e insinuaciones (eufemismo lo denomina Cela) de los novelistas contemporáneos en lengua española. Acepta el novelista académico (entiéndase miembro de la Real Academia) en su «Diccionario» ejemplos de autores latinoamericanos. En este sentido se amplía el «Diccionario», se enriquece, pero dada la extensión, se hace, a la vez, más incompleto. Si la nómina de las fuentes españolas era ya objetable, lo es mucho más la de autores latinoamericanos, sólo parcialmente representados, cuyos temas eróticos se mueven en otros condicionantes. Los ejemplos extraídos del conjunto del pasado literario muestran también una progresiva decantación desde el siglo XVIII hacia el «erotismo» europeo. Los siglos XV y XVII, finales del siglo XIX, primer tercio del siglo XX y segunda mitad del mismo muestran quizás una tendencia más «civilizada» en la expresión, una mayor riqueza literaria. Con todo, los ejemplos de López Bago y Alejandro Sawa, la serie de novelistas eróticos encabezada por Felipe Trigo y el decadente Hoyos y Vinent, Vidal y Planas, Joaquín Arderius, Alvaro de Retana, etc. son insuficientemente explotados. La serie de clásicos eróticos de la colección de Joaquín López Barbadillo (aún siendo traducciones) habrían enriquecido los ejemplos eróticos, mermando la escatología que preside la colección de Cela. Pero, sin casi darnos cuenta, caemos ya en una cuestión de gusto. Creo que el «Diccionario secreto» de Camilo José Cela es algo más que una mera recopilación de términos. Constituye un ejemplo de enfoque de determinados temas excluidos de las «series» historias literarias hispánicas. Es un error ver la obra como un mero repertorio terminológico más o menos chusco. Hay una parte, ciertamente, de humor de enfocar determinadas realidades que aceptan diversos y aún encontrados tratamientos. Hay también un interés por el lenguaje real, sin eufemismos, con el que tropezamos cada día en la calle y con el que también tropezamos en la literatura. Pero las relaciones entre el lenguaje y la vida son muy profundas y la semántica cae cerca de lo que puede denominarse psicología colectiva. Todo ello no disimula la colección de textos eróticos que configuran esta obra. Otro erotismo, sin embargo, más calculado, más ambiguo, más civilizado existe en la literatura española, un erotismo que nos acerca al resto de Europa. El «Diccionario secreto» de Cela viene a ser como el «Pascual Duarte» de la novela. Prefiero, con todos mis respetos, «La Colmena». El «Diccionario secreto» no deja de ser también caricatura, deformación, esparpento.

Joaquín MARCO

### EL AÑO INTERNACIONAL DEL LIBRO

Por iniciativa de la Unesco, tal será el signo de 1972. Bajo el lema: «Libros al servicio de la educación, de la comprensión internacional y de la cooperación pacífica» dicho organismo mundial recomienda para este año que empieza la adopción de medidas conducentes a salvaguardar el patrimonio literario de la humanidad y garantizar la supervivencia de las literaturas orales que están a pique de caer en olvido, fomentar la libre circulación de los libros y de las primeras materias que precisa su publicación, así como el abastecimiento del libro, el desarrollo de las bibliotecas, la formación de personal calificado en las diversas fases de producción y comercialización, el incremento del libro para minusválidos (ciegos, en particular) y una acción concertada para la lucha contra el subdesarrollo cultural y el analfabetismo funcional, peligrosa lacra que nos expone a un retroceso cultural grave e irreparable. La ocasión será buena para que los países miembros promulguen la Carta del Libro formulada en la reunión de Bruselas, el pasado octubre, con evidente ventaja para las actividades creadoras de escritores y traductores, estímulos a la producción editorial y capilaridad de la distribución. Especial relieve, en este Año del Libro, tendrá por tanto el Festival Internacional de Niza (19-25 de mayo). Papeleros, impresores, grabadores, encuadernadores, editores, libreros, bibliotecarios: cuantos deseen participar en la magna manifestación, deben hacerlo antes del 1 de febrero utilizando los formularios oficiales que facilita Publi Ediciones (12, Av. de la Grande Armée, París, 17). A ver si, entre todos, en este año de las Olimpiadas y de exaltación de la cultura física no le va a la zaga el otro ejercicio de la cultura por excelencia: la lectura.

### SICILIA EN SEVILLA

En las siempre interesantes páginas amarillas de «La Estafeta Literaria» se da noticia del sensacional hallazgo de un millar de documentos inéditos, mayormente en latín, pero también en griego, árabe, catalán, castellano, etcétera, que interesan a la historia de Sicilia y cubren desde el año 1087 a muy entrado el siglo XVII, referidos a las sucesivas dinastías normanda, angevina, aragonesa y habsbúrgica, sin que falten bulas de pontífices, de Inocencio III a Paulo V. Tales documentos han aparecido en el archivo Medinaceli de la sevillana casa de Pilatos. Se supone que por mandato del duque, primer ministro de Carlos II, los copió en Mesina el virrey Francisco de Benavides, IX conde de Santisteban del Puerto. Por nuestra parte nos inclinamos a creer que dicho fondo pasaría al palacio sevillano en la época del duque Luis Francisco, sobrino de

## MESA DE REDACCION

Benavides e inmediato sucesor suyo en el virreinato de Nápoles (1695-1702), hombre de libros como el tío de ambos Pedro Antonio de Aragón, virrey que fue también de Nápoles. Si por ventura no entraron cuando la casa ya ducal de Santisteban recayó en los Medinaceli.

### VUELVE AL ESTE

Halperine-Kaminsky fue un lingüista amigo de Tolstói y apasionado traductor que cuenta entre los Melchor de Vogüé y otros esforzados que difundieron la gran novelística rusa en Occidente. Su hija, la señora de Restrepo-Mejía, va para treinta y cinco años que instituyó el gran premio Halperine-Kaminsky para honrar el recuerdo del infatigable traductor: que es el premio francés al mejor libro extranjero, al mejor traducción, si quisiéramos. Y que hogaño ha recaído en George Lisowsky, polaco que escribe en las dos lenguas, en renida competencia con otros dos traductores éminentes: Robert Parisot y Louise Servicen. El libro que le ha valido el premio es «La ascensión» de Tadeusz Konwicki, escritor y cineasta polaco nacido en Lituania hace 45 años. Un relato donde —a decir de quien lo ha leído— personajes de Henry Miller o de Beckett se mueven en una atmósfera de película de Fellini y constituye —alusiones políticas excluidas— un testimonio de la vida en los países del Este.

### DON LUIS EN EL CEMENTERIO DE DON LUIZ

Este año, en que cumple siglos «Los Lusitadas», lo comienzan el suplemento literario de «A Capital» con esta «letrilla»: «Ande cá eu contente, / e que se ria a gentel / Tratem outros do governo / do mundo e das monarquias, / mas governem-se os meus dias / com manteiga e com pão tenro; / e, pelas manhãs de inverno, / laranjada e aguardente, / e que se ria a gentel...» Si, suena casi lo mismo. La estupenda traducción de la conocida letrilla del gran cordobés se debe al poeta y crítico David Mourão-Ferreira, de quien salió en estos días un originalísimo «Cancionero do Natal», al par de un «larga duración» de sus poemas, por él mismo dichos, sobre fondo musical de António Victorino d'Almeida.

### DE SABIOS ES MUDAR

De un congreso sobre la novela española actual y sus problemas que, patrocinado por la Universidad de Nueva York, se ha aclarado en dicha ciudad a comienzos de diciembre con asistencia de no pocos novelistas de acá, (Aub, Ayalá, Goytiso, etcétera), de puntual noticia

José María Carrascal en el suplemento literario de «Pueblo». Dejando a un lado el duelo dialéctico Max Aub-Juan Goytiso sobre si el lenguaje sigue valiendo como instrumento para expresar algo o hay que erigirlo en parte substancial de lo que trata de expresarse, detengámonos en: «Antonio Ferrer trató de justificar la posición de los jóvenes diciendo que en la realidad es, muchas veces, puramente imaginaria y, en una posición más cerca del realismo, Jesús López Pacheco habló en favor de la libertad de imaginación, aunque recordando las relaciones históricas entre progresismo y realismo». Quienes usan y abusan del recurso al supuesto transformismo de un infatigable y justamente considerado crítico de estas latitudes, pueden ya cambiar el disco.

### POSFREUDIANOS Y SEXUALIDAD

De las respuestas que a José Manuel Gironés, en «Mundo», da el profesor y académico Ramón Sarró, discípulo que fue de Freud, Reich y Wagner-Jauregg, al dejar su cátedra de Psiquiatría: «Creo que en la valoración de la sexualidad para la vida humana ha habido un movimiento de péndulo desde la época vic-

toriana y la represión sexual de las históricas finiseculares de Freud hasta el extremo contrario de la liberalización sexual. Se pide a la sexualidad más de lo que puede dar de sí, incluso en la juventud en que puede dar naturalmente mucho. El sexo es una provincia esencial de la vida humana y aun mucho más lo es el amor. La sexualidad ha sido exagerada de manera histórica en sustitución de otras fuerzas que hay en la personalidad, y esto se ha hecho con poca ingenuidad. La sexualidad es una fuerza instintiva impregnada de motivos ideológicos extrasexuales, y se puede decir hoy que la sexualidad es una sociosexualidad».

### NUEVA SEMANA GRANDE DE SAN SEBASTIAN

Es la que se ha pasado a enero, al comenzar el año en que se cumplirán los ciento del nacimiento de Pío Baroja. No será, pues, de tamborada, gastronomía y folklore, y carrera, sino exquisitamente cultural. Se abrió el próximo día 17, lunes, con unos encuentros barrojanos a los que se ha invitado a narradores y críticos, y el programa incluye una exposición de recuerdos de don Pío, la concesión de los premios Guipúzcos, etcétera. El académico Julio Caro Baroja será el orador del acto inaugural; Miguel Angel Asturias, premio Nobel, cerrará la semana el sábado, día 22. Un marcado carácter cultural que, en años sucesivos, ya no perderá la Semana grande.

COMPRE O CAMBIE SU  
**TELEVISOR**  
Frigorífico o lavadora  
ABONANDO HASTA  
**10.000** ptas.  
Ultimos modelos  
Todas las marcas  
DIBA: Aragón, 343  
Tels. 257 80 96 y 258 02 92

Nuevos cursos de inglés 10 Enero  
Audiovisual 4 clases gratuitas  
Valencia, 263 T. 215 66 36  
(Entre P.º de Gracia y Vía Layetana)



Fonema idiomas